

MARIO CRUZ PALOMINO

 gresado de la Escuela Normal de San Marcos, Zacatecas, profesor de educación primaria durante 13 años y director –ejemplar– del Centro de Estudios de Bachillerato “Lic. Jesús Reyes Heróles” por 27 años. Es miembro fundador de La Cofradía y autor de su logotipo (mitad de caracol). Ha sido ilustrador de varios libros y revistas como *Aprendiz de lagarto*, *Entre la flor y la estrella*, *Tres tiempos*, *ABC Música sacra*, *El chan del agua*, *Historia de México* (para tercer grado), *Ecología y medio ambiente* y *Evocaciones de Jerez*. Es escritor de poemas y otros textos literarios, los cuales han tenido reconocimiento dentro y fuera del país.

Tus manos

Son tus manos generosas
con sabor a miel de caña,
manos expertas en la cocina
y en las caricias del alma.

Manos de luces nocturnas
que despegan de mis labios,
para llenar de sabores
el otoño de mis años.

A tus manos las venero,
las contemplo, las percibo,
cuando siento sus caricias
recorriendo mis caminos.

*Tus manos orfebres
enhebran primores,
bordando linduras
en telares pobres.*

Son tus manos bicolors,
tus manos son siemprevivas,
generadoras de olores
y de emociones cautivas.

Cuando de noche descansan
atesorando emociones,
tocan las luces de su alma
ascuas de mil oraciones.

Cual palomas agotadas
se posan con languidez,

sobre la mullida almohada
que cubre su palidez.

Manos de vida, de bendiciones,
que bordan sueños con el dedal,
manos prodigio, manos de diosa
se ocultan tiernas en breve chal.

*Tus manos orfebres
enhebran primores,
bordando linduras
en telares pobres.*

Ritual rielero

Con los fogones prendidos
rozando la madrugada,
las mujeres hacen guisos
para el hambre trasnochada.

Soles y lunas se cuecen
en los comales ardientes,
potajes de humilde hacienda
de sabores complacientes.

Lleva el rielero en su “saca”
un tesoro inigualable,
que colmará su vigilia
en una ronda inflamable.

Siete sacas de colores
con aromas diferentes,

siete sabores distintos
para bocas impacientes.

El mayordomo tres viandas
en su vistosa lonchera,
el guardavía su sartén
y pantalón de pechera.

Siete bolsitas alegres
se van abriendo camino
buscando sombra benigna
entre el nopal y el encino.

Son las doce y se hace el fuego
donde mejor haga sombra,
un comal sobre tres piedras
y las hojas por alfombra.

Un desfile de cazuelas
va calentando sabores,
alegrando la hora media
de siete trabajadores.

De los siete recipientes
brincan aromas de cielo,
mientras tortillas calientes
justifican el desvelo.

Es el huevito con chile.
el chorizo con frijoles,
es el chicharrón prensado
y salsa de girasoles.

Hay un guisado especial
que rellena las gorditas,
es de chicharrón de cerdo,
queso fresco y “boronitas”.

El rielero era versátil
para completar su dieta,
el monte le dio nopales,
y tunas para su fiesta.

Ratas de monte y conejos,
palomitas y torcazas
complementaron sus viandas
doraditas en las brasas.

La servilleta se extiende
en alfombra de amapolas,
para lucir ante todos
sus pétalos y corolas.

No importa si se manchó
con la grasa derramada,
mañana estará preciosa,
muy blanca y almidonada.

Cada esposa se procura
ser la mejor bordadora,
que destaque en el momento
su imaginación creadora.

Cada comensal ofrenda
a su Dios el bastimento,
luego le ofrece al “compadre”
lo mejor de su alimento.

Ya se comparten alegres
las virtudes del fogón,
mientras la plástica ayuda
para hacer la digestión.

Desde un barril de madera
con agua fresca y azul,
el rielero bebe su agua
que tiñó con varaduz.

Ya se terminó la hora
de la comida sabrosa,
el “Mayor” llama a la tropa
que obedece quejumbrosa.

Ha concluido la brega,
se trabajó con esmero,
yo le brindo este recuerdo
al trabajador rielero.

Desde el Andén

(elegía para Armando Cruz Palomino)

Fuiste la estación de mil arribos,
el lugar que un día de marzo
el tren se estacionó para llevarte.
En el adiós,
tu mirada se quedó prendida
en los añosos maderos de la vía
como anhelando fundirse
a la vieja caseta ferroviaria
percutido almacén de los recuerdos,
cáliz donde padre dejó el sudor

de su dignidad y diario empeño
para llevarnos temprano y sin pretextos
al redentor manantial de los colegios.

En la distancia
se fue perdiendo el caserío
desvanecido en el carmesí
de la tarde, adormecido
entre penachos de humo
y familiares aromas hogareños.

Sin adiós, sin despedida,
sólo emprendiste tu camino,
sólo, como siempre lo habías hecho,
con tu vida de eterno peregrino
y tus manos cruzadas sobre el pecho.

Llovizna de madrugada (sonata de líquido cristal)

Llovizna pertinaz y cadenciosa
que bailas entusiasta sobre el techo,
sonata de cristal, voz melodiosa
que gozo sin hablar desde mi lecho.

Mis zapatos de graduación

¡Lucían tan bonitos en el aparador de la zapatería de don Meche!

Eran bicolores con “tacón cubano”, por aquello de que éste se extendía hacia atrás, a manera de pezuña equina.

En los años setenta, la moda influyó en la vestimenta de las personas, desde el pelo hasta los zapatos. La terlenka fue la tela de moda, los pantalones acampanados y desde la cadera. Los

varones usamos el pelo largo y la barba a manera de Ho Chi Minh, héroe vietnamita que encabezó la lucha contra el ejército de los Estados Unidos.

Cuando vi aquellos zapatos aún faltaban algunos meses para nuestra graduación. Ya pronto seríamos unos flamantes profesores de educación primaria. Todos mis compañeros de generación buscaban con entusiasmo la vestimenta que lucirían en la ceremonia de graduación. Del mismo modo que mis compañeros sanmarqueños, yo también buscaba lo más adecuado para tan importante momento.

Mi traje era café con jaspeado claro tipo espiguilla, la corbata a rayas café con fondo blanco, por aquello de la combinación (esa corbata me la prestó Pedro Monreal, compañero de la secundaria). Mi camisa blanca con bolitas café, muy adecuada para la corbata y el traje. Para completar la indumentaria, me hacían falta los zapatos. Serían aquéllos que aún permanecían en la zapatería de don Merced, en Loreto, Zacatecas. Para evitar que alguien más los comprara, me apresuré a ir por ellos. La vestimenta estaba completa, sólo faltaba que llegara el día de la graduación.

El momento llegó y de pronto nos vimos envueltos en un remolino de actividades previas a la ceremonia de clausura. Dábamos los toques finales a los informes recepcionales, entregábamos documentos para nuestro expediente, solicitudes de plaza, lugares de adscripción y otros muchos detalles necesarios para dejar la Escuela Normal sin ningún pendiente.

La fiesta de clausura fue todo un acontecimiento académico, social y familiar. Más de cien egresados en aquella memorable ocasión, cada uno con sus respectivas familias venidas de diferentes y lejanos lugares de nuestra República Mexicana. La escuela estaba rebosante de la alegría que alumnos, familiares y maestros proyectábamos. A las diez de la mañana ya estábamos reunidos en el área académica, envueltos en el contexto de la centenaria Alameda, entre cerros de verde perspectiva y

nuestra *aula mater*. En esa ocasión, la Alameda lucía más esplendorosa que nunca: las hojas de los álamos brillaban como espejuelos al contacto con los tempraneros rayos solares.

Formando corrillos, mis compañeros y yo guardábamos el momento de tomar nuestro lugar en las sillas para recibir el documento oficial de culminación de estudios. De reojo mirábamos las prendas que cada uno portaba. Los peinados iban de acuerdo a cada personalidad de los egresados. Desde luego que los zapatos estaban incluidos en la revisión. Como es normal, cada quien portaba y lucía traje, moño y corbata. Éramos unos dandis o, por lo menos, unos maniqués bien arreglados.

Llegado el momento de cada uno, pasamos ante el presidium, que era encabezado en aquella ocasión por el C. Nazario Ortiz Garza, padrino de la generación y dueño de varias vinícolas, entre ellas la del Brandy San Marcos. Nos tomaron la foto oficial saludando a los integrantes de la mesa de honor y recibiendo la constancia que avalaba nuestra calidad de pasantes de profesores de educación primaria. Padres y hermanos de los egresados se veían orgullosos por nuestro logro; abundaron los abrazos, los buenos deseos, las felicitaciones y las invitaciones a celebrar fuera de la Normal.

Al concluir la ceremonia oficial y el ritual familiar, siguieron los abrazos entre compañeros, que llorosos y emocionados nos deseábamos lo mejor, agradeciendo la compañía, la camaradería, el apoyo brindado en los momentos de apuro y la dicha de haber concluido nuestra carrera. ¡Siete años de internado para unos y cuatro para otros culminaban en ese día!, razones sobaban para llorar, reír, abrazar, recibir el beso de la novia y los abrazos de los familiares. Todo concluía en ese día. La cena para alumnos egresados e invitados se serviría a las ocho de la noche. El baile de graduación a las nueve. Los conjuntos habían llegado temprano y ya estaban colocados sus instrumentos, las parejas de novios o simplemente los asistentes a la fiesta velaban y alisaban sus vestidos de gala para no lucir fuera de tono.

La señorita Alicia Martínez me honró al aceptar ser mi pareja de baile.

¿Y los zapatos? Éstos seguían calzados en mis pies desde la mañana, durante la ceremonia de clausura, durante el trajinar del día, durante la comida, durante la cena. Todo el día lucieron magníficamente. Antes de salir a bailar, les di una buena limpieza. Bailé sin descanso durante toda la noche y parte de la madrugada y aguantaron a suela firme (la suela era de baqueta), sus dos colores destacaban fácilmente de entre el mar de zapatos y zapatillas. ¡Parecía que sólo los míos eran de dos colores! Si cuando somos jóvenes supiéramos que algunas de nuestras prendas serían parte de las más variadas anécdotas, las guardaríamos como testimonio; pero no, normalmente las desechamos y nos olvidamos de ellas.

Mis zapatos de graduación me siguieron acompañando hasta Michoacán, cuando me dirigí a la primera comunidad en la que haría mi debut como profesor de educación primaria. Esa lejana comunidad, escondida en las faldas de una serranía y escaldada por altas temperaturas de la Tierra Caliente, se llama Santa Cruz de Morelos, en honor al prócer de la Independencia, el generalísimo don José María Morelos y Pavón, quien estuvo en este lugar en su paso hacia Chilpancingo, Guerrero. Esta comunidad forma parte del municipio de Turicato, Michoacán.

En septiembre de 1973 (a 44 años de aquella aventura magisterial) fui asignado para desempeñarme en la docencia en la Escuela Primaria Federal “Prof. David G. Berlanga”, ubicada en el pequeño caserío de Santa Cruz de Morelos, mencionado antes. Las órdenes de presentación salieron de la oficina del director general de Educación Primaria del estado de Michoacán.

Los zapatos, protagonistas de esta aventura, seguían aún flamantes, pues hasta entonces sólo tenían pocos meses de uso. Yo los cuidaba cuanto podía: les untaba crema y tinta, brillo neutro y con eso lucían radiantes. Después de un largo trayecto de carretera para llegar a la cabecera municipal de Turicato,

por fin llegamos al pueblo el día 16 de septiembre, en plenos festejos de la Independencia. El lugar lucía muy iluminado, había mucha algarabía, con papel tricolor por todas las calles y en la plaza. Me dije: ¡Qué suerte tenemos de llegar a un pueblo tan bonito, tan alegre!, y si aquí vamos a trabajar, aún mejor. ¡Fueron ilusiones, porque la realidad fue otra muy distinta!

Después de bajar del viejo autobús, pregunté por un lugar para hospedarme. Se me sugirió la Posada de don Pancho y hacia allá me dirigí cargando mi mochila. Por suerte había habitaciones disponibles, así que ocupé mi habitación y salí a dar una vuelta de reconocimiento al jardín del lugar que lucía en toda su pueblerina magnificencia. Por casualidad, junto a muchos otros maestros que también iban llegando por primera vez, encontré a dos que ya habían trabajado el año anterior en aquella zona escolar. Me invitaron a buscar al inspector para que viera la forma de buscar mi comunidad de adscripción. Estos maestros fueron los que le sugirieron al inspector de la zona que me mandara a Santa Cruz. Le dijeron en cuanto lo encontramos que ya estaban los candidatos para cubrir las vacantes de dicha comunidad. Por suerte incluyeron a mi compañero Efraín Manrique Ibarra, quien también egresó de San Marcos y es además originario de Loreto. Este compañero había viajado conmigo desde Aguascalientes. El propio supervisor se sorprendió de que quisiéramos trabajar en Santa Cruz. Ignorábamos por completo qué tan lejos estaba dicha comunidad. Eso lo pagaríamos más adelante.

Al día siguiente, acudimos muy puntuales a recibir nuestras órdenes de presentación e indicaciones para presentarnos en la comunidad, nos entregaron listas de asistencia y se nos indicó que debíamos de levantar el censo de alumnos de cada grado, inscribirlos y regresar a entregar el reporte en la inspección. Teníamos tres días para ello.

Llegado el día y después de almorzar, emprendimos el camino con la mochila repleta de nuestras inquietudes, temores y

esperanzas. Era el inicio de una caminata que duraría cuarenta y cuatro años, siete meses, nueve días. Mis zapatos bicolores por primera vez pisaban el suelo pedregoso y caliente. Al iniciar la marcha y pisar las piedras, aquellos zapatos respondieron con firmeza y seguridad. Eran cerca de las diez de la mañana cuando salimos de la fonda. El calor ya se sentía en toda su potencia. Mi compañero Efraín, molesto por el calor y el ruido irritante de las chicharras, profería improperios y maldiciones, y como queriendo arrepentirse de andar por aquellas latitudes gritaba: “¡Yo quiero regresarme a mi casa!”. Cansados, asoleados, sedientos y hambrientos, nos recostamos en un arbusto que, aunque su sombra era rala, nos mitigó los efectos de la caminata.

Eran las seis de la tarde y aún no estábamos ni a la mitad del camino. Al estirar los pies, me di cuenta que las suelas de mis zapatos acusaban sendos agujeros, que a punto estaban de llegar a las plantillas (suaves y frágiles, no aguantarían mucho antes de romperse). Gracias a la oportuna llegada de Manuelito, un maestro de avanzada edad, pudimos llegar a la comunidad de Zárate (este poblado está considerado como la mitad del camino entre Turicato y Santa Cruz). Después de recomendararnos con el juez del lugar, prosiguió su camino y nosotros fuimos hospedados en la casa del encargado de hacer justicia. Aquella noche la pasamos casi en vela, pues el lugar que se nos prestó para pernoctar estaba lleno de arañas patonas y alacranes. Para poder ver dónde se nos subían aquellos bichos, mantuvimos prendidos los aparatos de petróleo, los cuales, al humear tanto, nos mancharon de tizne la nariz y la mayor parte de la cara. ¡Cómo nos reímos uno del otro al vernos, en un espejo, tiznados y con los ojos rojos de la irritación!

Antes que el juez nos viera cómo amanecimos, fuimos a lavarnos en una pileta que tenía agua de un manantial cercano. Era agua fresca y dulce que mágicamente nos quitó todos nuestros pesares, desvelos y fatigas. Ya limpios a medias, pues no hubo forma de bañarnos completamente, Carlitos Ambriz, quien era

el juez civil, nos condujo a una casa que hacía las veces de fonda. Las plantas de mis pies ya resentían las filosas piedras del camino, pero lo disimulé hasta donde pude. Después de presentarnos con los dueños de aquel rural comedor, el juez les pidió amablemente que nos sirvieran de almorzar y que, por aquella ocasión, la judicatura se hiciera cargo de los gastos. Se portó muy bien Carlitos, ¡ni para qué! También les pidió que nos dibujaran un croquis para no perdernos en el camino, en la otra mitad del mismo, que nos faltaba por recorrer. Recuerdo que nos dijeron: *Sigan el camino yendo siempre a la izquierda, aunque vean veredas muy marcadas, son veredas que hace el ganado en su trayecto a las ordeñas.* Aún con las indicaciones y a causa de nuestra novatez, varias veces perdimos el camino verdadero y con ello valiosos minutos.

El monte estaba muy verde, había llovido en abundancia, los arroyos estaban crecidos, el calor húmedo e intenso no dejaba de castigarnos. Para colmo de males, había que meterse en los arroyos para continuar nuestro camino marcado en aquel trozo de papel de un cuaderno de escuela. La suela de los zapatos, de por sí gastada por el pedregoso camino, ahora se hacía resbalosa por el agua de los arroyos y se gastaba cada vez más y más.

Cuando hubo necesidad de pasar a través de los arroyos, llevamos las mochilas sobre nuestras cabezas para no mojar los libros, los documentos y la escasa ropa que contenían. Al medio día estábamos apenas a medio camino de la mitad que faltaba. Siempre con el sol de compañero sobre nuestras descubiertas cabezas, una carga más que tuvimos que transportar todo aquel día. Arroyos, pendientes, senderos estrechos, piedras y más piedras acabaron por completo con mis zapatos de graduación. Nuestras fuerzas y ánimo también estaban por los suelos, aquellos suelos ingratos y desconocidos que se cebaron sobre los pies casi adolescentes de dos noveles profesores.

El día transcurrió lento y la noche empezó a insinuarse a través de los últimos jirones de nubes doradas del horizonte. Como a las siete de la tarde, a punto de oscurecerse, llegamos a un caserío donde, por fortuna, se encontraban varios señores haciendo gala de su gusto por el “trago” y el tabaco. Con temor y casi a ciegas por la incipiente oscuridad, saludamos y nos presentamos como los maestros de Santa Cruz. Éstas fueron palabras mágicas, porque de inmediato se alzó la voz de un señor alto que se presentó como el comisariado ejidal de nuestro punto de llegada. Dijo llamarse don Arcadio Ibarra y se mostró muy gustoso de nuestra llegada, pues, según él, ya hacía un buen tiempo que no tenían maestros, pues los que llegaban, duraban unos meses y luego pedían su cambio.

El caserío donde nos encontramos a los señores era la Cañada de Santa Cruz. Don Arcadio se acomodó a guiarnos hasta Santa Cruz y nos consoló un poco al hacernos ver que ya estaba cerca: *Allí nomás tras lomita y dando vuelta al puertecito*. También dejó muy claro que la mula que traía no aceptaba jinetes desconocidos, así que, sintiéndolo mucho, lo seguimos como pudimos, pues el paso de “la Prieta Linda” era demasiado rápido para nuestros cansados y, en mi caso, casi descalzos pies. Yo, en el límite de mis fuerzas, le pregunté si el camino me llevaría directo al rancho y él me contestó que sí, incluso estaba muy parejo y recién llovido. Me atreví a sentarme un rato, tal vez unos segundos, pero en seguida reaccioné y tan rápido como pude les di alcance cuando ya cruzaban la puerta “de golpe” que daba acceso a la tan ansiada comunidad.

Varias luces aparecieron en nuestro horizonte nocturno, la noche ya era cerrada y llena de cantos de grillos. Los proverbiales perros, guardianes ancestrales de nuestros hogares, ladraban como dándonos la bienvenida, avisando a todo el pueblo que esa noche aparecían por las goteras de Santa Cruz dos profesores acompañados de don Arcadio Ibarra.

Don Arcadio, con voz fuerte y autorizada, avisó a su gente que habíamos llegado, que al día siguiente se presentarán en la escuela para lo que fuera necesario. Varias personas salieron de sus humildes viviendas a darnos el saludo. El trayecto parecía interminable, pues, según don Arcadio, teníamos que presentarnos ante el presidente de la Asociación de Padres de Familia, don Raymundo Ambriz, quien, para colmo de nuestro cansancio, vivía en el extremo opuesto del pueblito. Todavía tuvimos que pasar un último arroyo y subir una cuesta antes de llegar a la casita de don Raymundo, quien, al escuchar el ladrido de los perros y el bufar de la Prieta Linda, salió a recibirnos, previo aviso de don Arcadio.

—¡Ahi te los encargo, vienen muy cansados y sin comer! Préstales un petate y unas sábanas pa' que duerman. Mañana vengo por ellos pa' presentarlos con los padres de los niños.

Dicho aquello, se despidió de nosotros y nos dio las buenas noches. Los cascos de la Prieta Linda resonaron en el pedrerío hasta perderse en la oscura lejanía.

—¡Pasen, maestros! ¡Mira nomás cómo vienen, parecen Santo Cristo! Descarguen, anden, siéntense, *orita* mi mujer les va a servir un taquito. ¡A ver, mujer, pon la mesa que los maestros *train* cara de hambre! ¿Desde a qué hora almorzaron?

—Desde las diez de la mañana, señor.

—¡Uh, pos' ya hace muchas horas!

—Sí, señor, muchas horas.

—¡Anden, lávense las manos, *orita* van a comer!

Al querer levantarme, acusé mucha dificultad para hacerlo y un fuerte dolor de piernas y pies. Don Raymundo lo notó fácilmente y me pidió que le mostrara mis pies. Yo se los mostré y casi da un respingo al verlos tan heridos, sangrando por las ampollas que se formaron con el contacto constante del camino pedregoso. Los calcetines eran sólo hilachos manchados de sangre y tierra, los zapatos ya no tenían la suela completa. De aquel flamante par de zapatos bicolores, quedaba un destrozado

par de desjaretadas tapas, raspadas de tanto andar entre agua y piedras, con trozos de agujetas que apenas sostenían a mis pies. De aquellos extravagantes tacones vueltos hacia atrás, quedaban sólo restos carcomidos y casi al ras del inicio del zapato.

—Mañana le doy un par de huaraches tierracalenteños. Me los paga cuando reciba su primer sueldo, ya sé que a los maestros nuevos les pagan después de meses.

Como pude, me quité los maltrechos zapatos, o lo que quedaba de ellos, y los puse a un lado de la mesa. Pisando con dolor y ardor, así en los pies como en el orgullo. Me los lavé, me lavé las manos y la cara, luego, con timidez, me acerqué a la mesa nuevamente buscando mitigar todo el sentimiento a través del disfrute de una reconfortante cena.

La esposa de don Raymundo sirvió dos humeantes y aromáticos platos de caldo de gallina con arroz y verduras. Puso una salsa martajada de molcajete y agregó dos vasos con agua, pero lo que no veíamos eran las tortillas, pues acá por el centro del país no pueden faltar con el caldo. Así, permanecemos un buen rato, sólo sopeando con la cuchara, hasta que el propio don Raymundo nos dijo que si no nos gustaban las tortillas. Le respondimos que sí, pero que no las veíamos.

—¡Ah, qué maestros! Si mi mujer las acaba de hacer en el comal. ¡Miren, aquí están en este guaje, sólo que está tapado para que no se enfríen!

—Perdón, don Raymundo. ¡Es que en nuestra tierra no se conocen los guajes como tortilleros!

Después de descubrir el tesoro de las tortillas, desaparecieron hasta casi agotarse por completo. Aquel caldo y su respectiva piernita de gallina restauró nuestras fuerzas y a los pocos minutos nos quedamos dormidos en los petates que nos prestó tan amable señor.

Al amanecer, unos cerdos que buscaban su almuerzo nos despertaron, obligándonos a dejar los petates para iniciar con las responsabilidades de todo profesor. El dolor en los pies

había disminuido, pero el ardor de las ampollas era cruento. El señor Raymundo cumplió su promesa de fiarnos el par de huaraches que, al hacer contacto con la piel viva, me lastimó intensamente. El cuero estaba nuevo, por lo tanto, muy duro, lo cual provocaba que las heridas se agrandaran más.

En Santa Cruz los hombres se bañan en el arroyo. Hacia allá nos dirigimos cojeando por el dolor que el roce de la correa producía al caminar, luego, al entrar en contacto con el agua y el jabón, el ardor era aún más intenso. Como ese día era nuestra presentación ante la comunidad escolar, teníamos que ir limpios. El dolor en los pies lo disimulamos hasta donde fue posible.

Antes de presentarnos en la escuela y de agradecer a don Raymundo su gentileza, dejé los restos de mis zapatos de graduación en el espacio que hacía las veces de muladar a los desperdicios de aquella humilde familia. Allí quedaron como chanclas aquéllos que lucieron en la ceremonia y baile de mi graduación, que soportaron en el andar de los meses que prosi-guieron a los preparativos de nuestra partida a Michoacán, que brillaron en el baile del 16 de septiembre de 1973 en Turicato y, por último, anduvieron en el camino a Santa Cruz de Morelos.

Mis zapatos bicolores no aguantaron la ferocidad de los caminos de Tierra Caliente y, como dos héroes inmolados en el cumplimiento de su deber, quedaron abandonados en el basurero detrás de la casita de don Raymundo Ambriz.

